

Sueños y Realidades de Una Revolución

por

Jorge A. Sanguinety

Soñar no cuesta nada. Eso no significa, sin embargo, que no debamos soñar sobre nuestras aspiraciones con relación a las sociedades en que vivimos. Cuando percibimos la injusticia social, la pobreza masiva y la ignorancia endémica en nuestros países queremos y proponemos soluciones y, además, queremos soluciones rápidas y completas, no parciales. Los cínicos nos llaman idealistas, gentes que quieren cambiar al mundo. Es especialmente cuando somos más jóvenes que nuestros ímpetus no nos dan tiempo a saber si lo que soñamos es factible con los recursos y el conocimiento disponibles.

Con los años, el conocimiento (o la desilusión) se abre paso. Poco a poco nos damos cuenta que las cosas no son tan fáciles como creíamos y se produce una bifurcación de actitudes con respecto a si se puede o no mejorar las condiciones de vida en nuestras sociedades. La bifurcación consiste en que algunos se vuelven más realistas, en el buen sentido de la palabra, y puede que ganen una mayor comprensión sobre los procesos sociales, económicos y políticos que están involucrados en la evolución de las naciones. Estas personas no renuncian a introducir mejoras en las sociedades y continúan luchando de alguna manera por las mismas.

La otra rama de la bifurcación consiste de los que se dan por vencidos y se vuelven cínicos con relación a las posibilidades de introducir cualquier tipo de cambio. Algunos de estos individuos se vuelven reaccionarios y llegan a adoptar modos de conducta o apoyar políticas no sólo contrarias a todo cambio, revolucionario o gradual, si no concebidas para favorecer los intereses estrechos de minorías privilegiadas y monopolísticas.

Muchos de los que apoyamos inicialmente el proceso revolucionario dirigido por Fidel Castro en 1959 vivimos estas disyuntivas y experiencias. Vimos cómo la retórica revolucionaria de los días románticos se basaba en una mezcla de realidades y prejuicios o fantasías económicas y sociales. Aunque a veces se exageraba, la pobreza, el analfabetismo, los problemas de salud y el alto desempleo crónico que afectaba grandes segmentos de la población cubana eran parte de las realidades, pero las raíces de esos males y las soluciones que se proponían constituían la parte de las fantasías. Las primeras se confundían con las segundas y la masa de la población, en su natural incapacidad de discernir técnicamente lo que era factible de lo que era demagogia, aceptaba las proposiciones del líder confiando plenamente en él. Sobre esa confianza ciega, se iniciaba un proceso de concentración de todos los poderes que jamás se había visto en Cuba, ni siquiera en los días más oscuros de la colonia española o en las otras dictaduras latinoamericanas.

No pocos percibieron estas tendencias con gran preocupación, pero la desarticulación política heredada de una república debilitada por divisiones internas y por la dictadura militar que le preparó el camino a Fidel Castro, hizo que esas voces fueran calladas por el clamor de las multitudes enardecidas. Pero lo trágico de todo esto no era que comenzara un período de prueba y error en búsqueda de una

mejor sociedad. Si hubiese sido así, era de esperar que desde 1959 hasta el momento en que estas líneas se escriben hubieran habido algunas mejoras a partir de los costosos errores iniciales. La realidad es que la retórica revolucionaria fue engañosa aunque hábilmente presentada al público. Las ansias de cambios sociales y económicos fueron explotadas por el liderazgo autodenominado revolucionario para perseguir agendas completamente divorciadas del interés nacional y de los objetivos inicialmente enunciados como revolucionarios. La verdadera agenda era la de jugar un papel predominante en la escena internacional aunque fuera como fuente de problemas, como agente destructor y no como el agente constructor que se prometió al principio. Cuando grandes segmentos de la población cubana se dieron cuenta de que la revolución prometida no se realizaba, ya era demasiado tarde para protestar o para rectificar. Se había creado un poder totalitario que de socialismo tenía más de retórica que de realidad. En verdad, la revolución cubana nunca existió.

De hecho, Cuba sufriría no sólo las desventajas y la ineficiencia de una economía socialista que ya iba en decadencia, sino los costos adicionales de un gobierno que nunca había estado interesado en el desarrollo económico y social del país, a pesar de los discursos ardientes y de las apariencias. La verdadera política nacional se centraba en utilizar los escasos recursos del país y de la Unión Soviética para financiar aventuras militares y poder ejercer influencia en geografías remotas que le permitiera a Fidel Castro proyectar un liderazgo mundial en el contexto de una nación que era incapaz de mantener por sí sola semejante agenda.

El desarrollo económico prometido no se cumplió. Las inversiones del gobierno fueron generalmente desastrosas, las empresas socializadas no fueron administradas eficientemente y pronto necesitaron subsidios del gobierno, mientras que unos volúmenes enormes de recursos se dedicaban a gastos militares que no eran de defensa y al desarrollo de un aparato gigantesco de policía política dedicado a neutralizar los movimientos internos en favor de mayores libertades civiles. Los únicos beneficios que los más pobres recibieron se concentraron en un mayor acceso a la educación y a los servicios de salud. Estos servicios, sin embargo, no eran financiados con los recursos propios de una nación en desarrollo, sino por los cuantiosos recursos soviéticos asignados a Cuba con motivos propagandísticos. De hecho, en lugar de desarrollo económico la economía nacional se deterioraba y Cuba dependería como nunca antes de un sólo mercado externo.

Inesperadamente, el gobierno cubano necesitó cubrir las apariencias de su doble fracaso: la desaparición del bloque socialista y su negligencia al no desarrollar la economía nacional. La desaparición de los subsidios obligó al gobierno desde 1990 a reducir severamente los programas educativos y de salud insostenibles en condiciones normales. Traumatizado primero por el advenimiento de *perestroika* y después por la desaparición inesperada de la Unión Soviética y los mencionados subsidios, Fidel Castro no podía reconocer que la profunda crisis que se avalanzaba sobre Cuba era resultado de su gestión administrativa y de su agenda política. La crisis económica reduciría aun más el nivel de vida de la inmensa mayoría de la población, reduciendo los niveles de ingreso per cápita desde el segundo o tercer lugar de América Latina en 1959, hasta los niveles más bajos de todo el hemisferio, con la excepción de Haití. En esta situación y temiendo una erosión catastrófica de su poder político, Fidel Castro tuvo que buscar una excusa que ubicara las causas de la crisis fuera de su propia responsabilidad. La excusa sería el embargo de Estados Unidos, embargo que él mismo había provocado al comienzo de su gobierno. Más que a la economía cubana en su conjunto, el embargo se había concentrado en la economía de Fidel Castro, la que él maneja

directamente como el dueño de una gran plantación o sistema feudal. Pocos recuerdan los orígenes del embargo y las fuerzas que provocaron esa situación a principios de la era castrista y pocos recuerdan igualmente que mientras existían los subsidios soviéticos, Fidel Castro no se quejaba tanto como ahora del embargo norteamericano.

Es cierto que el embargo no consiguió derrumbar el gobierno de Castro hace años, pero eso no significa que el embargo no haya tenido impacto alguno. Su principal resultado fue limitar los recursos en manos del gobierno cubano, recursos con que se financiaron movimientos guerrilleros en muchos países y que todavía sirven para mantener un enorme aparato represivo interno en Cuba. Se justificaría más un levantamiento del embargo si Fidel Castro levantara lo que equivale al otro embargo de la economía, esta vez impuesto por él desde adentro, y es el que él mismo mantiene sobre los trabajadores cubanos que se ven imposibilitados de operar pequeñas empresas para su propia subsistencia. Es precisamente esta falta de liberación de la economía interna lo que hace que no se justifique el levantamiento de un solo embargo, pues esto mayormente beneficiaría a Fidel Castro y a su entorno gubernamental sin que los beneficios se transmitan a la mayor parte de la población de una manera más equitativa. La liberación de la economía interna es la que verdaderamente le permitiría al productor cubano acercarse a los sueños revolucionarios de mejorar sus condiciones de vida con base en su propio esfuerzo. Habiendo fracasado como administrador de un enorme aparato productivo basado en las empresas expropiadas en 1960 y 1961, el gobierno cubano pudiera contribuir significativamente al mejoramiento de la economía nacional confiando en las fuerzas productivas representadas por el trabajador cubano. Pero la gran interrogante es por qué no lo hace. ¿Qué le impide a Fidel Castro permitir que la Asamblea Nacional, totalmente controlada por él adopte la ley sometida a su consideración hace varios años sobre la creación de la pequeña empresa cubana? ¿Por qué se permiten inversiones extranjeras mientras al cubano residente en la isla se le impide invertir en su propia tierra?

El gobierno cubano ha evitado siempre dar respuesta a estas interrogantes. De hecho, las respuestas llevarían la clave de lo que haría falta hacer en Cuba para aproximarse a los sueños iniciales de la revolución prometida y no entregada. Dicha clave consiste en la verdadera liberación de las fuerzas productivas que constituyen la base de una economía de mercado. Y aquí hay que hacer una distinción importante; una economía de mercado no es una economía de capitalismo monopolístico, ni una economía de lo que se ha dado por llamar capitalismo salvaje. Una economía de mercado es una que se basa en un sistema legal que garantiza que ningún individuo o grupo empresarial acumule demasiado poder económico como para impedir que otros individuos o empresas puedan lograr sus objetivos de desarrollo. En realidad una economía de mercado se aproxima a una economía socialista en teoría en lo referente a que persigue objetivos de igualdad de oportunidades económicas al mismo tiempo que intenta el desarrollo continuo de la sociedad.

El establecimiento de una verdadera economía de mercado es de por sí una empresa revolucionaria, pero tampoco ofrece soluciones mágicas e instantáneas a los muchos problemas sociales y económicos que padecen nuestros países en América Latina. En este aspecto, no existen ni han existido milagros económicos sin que se alteren profundamente las instituciones y organizaciones que componen una economía moderna ni las actitudes y mentalidades que las complementan. La pobreza crónica y masiva, por ejemplo, no se reduce o desaparece sin que medien largos períodos de tiempo con grandes inversiones en educación. Las inversiones en educación, por otro lado, tienen que ser financiadas

con el desarrollo económico; no se logran gratuitamente y no son suficientes sin que exista un compromiso nacional para que tanto los maestros como los padres de familia sean mucho más eficaces en los procesos educativos de lo que han sido hasta ahora. Pero la educación por sí sola no es generadora de empleo ni promotora de la productividad. Estos últimos factores dependen del nivel de la actividad inversionista, el nivel de comercio y el desarrollo tecnológico que a su vez proviene de la eficacia de las empresas.

Las empresas por su parte, necesitan la libertad de acción y las garantías contractuales con que puedan identificar las formas de asignación de recursos más rentables y menos riesgosas. Los trabajadores necesitan tener el conocimiento y la libertad de gestión que les permita tener altos niveles de productividad que es la base de sus salarios reales y su nivel de vida a la vez que pueden tener garantías contractuales con sus empleadores y los derechos de propiedad que les aseguren que sus ahorros sean bien invertidos para sus retiros o para su ulterior actividad empresarial o de otra naturaleza.

En fin, el sistema económico con que se debe soñar en las revoluciones es de una naturaleza compleja, que no se crea por decreto ni con una simple manifestación de ideales. Es un sistema económico que nunca nace perfecto si no que conlleva un mejoramiento paulatino pero sistemático en una atmósfera de libertades civiles y de democracia. La verdadera revolución es una que no está dirigida centralmente por un poder único que toma todas las decisiones, si no aquella en la que participan los millones de agentes económicos y políticos de una sociedad. En tal revolución, el papel del gobierno es el de definir las reglas del juego y hacer que las mismas se cumplan por y para todos por igual. La verdadera revolución latinoamericana es la que logre que en el caos aparente de las libertades civiles y de mercado predomine el orden complejo de la actividad económica que es necesaria para que los ciudadanos tengan el derecho de perseguir su felicidad en sus propios términos, sin la tutela paternalista de una burocracia o de un autócrata. Paradójicamente, este tipo de régimen económico persigue las metas más importantes de una economía socialista, pero es a la vez más complejo y más realista y, por lo tanto, más genuinamente revolucionario pues permite llevar a la realidad los sueños del progreso humano.

Diciembre del 2000